

La herencia de Vasconcelos

Emmanuel Carballo

José Vasconcelos presentó en sus memorias de manera desnuda sus ideas y pasiones. Se trata de uno de los protagonistas mayores de la cultura mexicana en la primera mitad del siglo xx, y quien dejó de lado la mesura y el temor al ridículo para obligar al lector a tomar partido. El crítico Emmanuel Carballo recuerda sus conversaciones con el autor genial de Ulises criollo.

Al Ateneo de la Juventud, generación a la que pertenece José Vasconcelos, le tocó vivir entre dos épocas históricas antagónicas: el Porfiriato y la Revolución de 1910. Si el grupo más esmerado y valioso que produjo la dictadura del general Díaz fue la generación de poetas modernistas, el Ateneo fue también producto del Porfiriato: de la paz porfiriana, la prosperidad porfiriana (referida, por supuesto, a las clases acomodadas) y las escuelas porfirianas.

Por primera vez en casi cien años los escritores podían ser escritores y no necesariamente políticos, periodistas y no amanuenses de generales aventureros, profesores universitarios y no combatientes obligados a defender al país de invasiones extranjeras o a participar en nuestras sucesivas guerras intestinas en defensa de los principios liberales o conservadores.

Si el Ateneo refleja algunas características del Porfiriato, en el momento en que sus componentes comienzan a encontrarse a sí mismos, entre 1908 y 1910, también da las primeras batallas en el terreno de las ideas para ir más allá de estos largos años de nuestra historia.

Entre otras no menos valiosas, la sensatez y el profesionalismo son las cualidades que distinguen a este equipo de escritores. Su aportación a la vida cultural del país puede sintetizarse, a juicio de Martín Luis Guzmán, en estos rasgos esenciales: “fidelidad a la vocación, amor al oficio y repudio de la improvisación”.

Además, y no es ocioso insistir en ello, el Ateneo de la Juventud renovó el pensamiento y las letras de México: su esfuerzo hizo posible que adviniese culturalmente entre nosotros el siglo xx.

Si en 1910 se inaugura una nueva etapa en la vida política y social, ese mismo año de 10, gracias al Ateneo, la filosofía rompe con las ideas de Comte (“Caso ideológicamente —escribe Vasconcelos— inicia una rebelión más importante que la maderista”) y la literatura se libera, en los textos de sus miembros más audaces, del realismo costumbrista y el naturalismo en la prosa narrativa y de la retórica modernista en la poesía.

Entre sus miembros sobresalen, además de Vasconcelos, Alfonso Reyes (el “típico hombre de letras”), Martín Luis Guzmán (“autor de la mejor obra que produjo la novela de la Revolución”, *La sombra del caudillo*), Julio Torri (“una de las pocas personas que en México usaba la ironía”), Antonio Caso (“el único que influyó sobre mí, sobre mi pensamiento”) y el maestro de casi todos ellos, el dominicano Pedro Henríquez Ureña (“apasionado, de trato difícil, de moral impecable”). Los juicios sobre estos ateneístas (“le teníamos horror al criterio parroquial”), puestos entre paréntesis y comillas, los emitió don José en una de nuestras charlas.

Como grupo, y en cuestiones políticas, el Ateneo fue un grupo fragmentado: dentro de él convivieron las ideas

de vanguardia y el conformismo. Ninguno de ellos fue un reaccionario en voz alta y desde la mitad del foro. Algunos de sus miembros dieron el paso adelante, hacia la Revolución, en el momento que creyeron oportuno. Éste es el caso de Vasconcelos, quien antes de su hecatombe política en 1929, fue maderista, convencionalista, obregonista y abanderado en su campaña presidencial, de una causa política que todavía hoy no triunfa: aquella que pide a la política que tenga conciencia y no sirva únicamente a intereses perecederos.

José Vasconcelos (Oaxaca, 1882-Ciudad de México, 1959) construyó como escritor ensayos, cuentos, poemas en prosa, textos en que relata algunos de sus viajes, obras de teatro, uno que otro poema y cuatro tomos de memorias, con los que culmina entre nosotros este género en el siglo xx. Sus títulos: *Ulises criollo* (1935), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938) y *El proconsulado* (1939). No incluyo dentro de este ciclo a *La flama* (1959), libro reiterativo, de estructura endeble y estilo poco afortunado.

El estilo de sus memorias corresponde al del hombre que expone desnudas sus pasiones e ideas, se humilla y después enaltece, apostrofa a sus contradictores y malquerientes, a los pequeños de alma que le negaron en cierto momento el respaldo viril de la rebelión armada y practica la generosidad con las escasas personas que le fueron fieles en los años adversos; un hombre que ha abandonado dos de las constantes del carácter de los mexicanos: la mesura y su consecuencia inmediata, el temor al ridículo. Un estilo que inquieta y quema, que obliga a tomar partido, a su favor o en su contra.

Como memorialista su mensaje no es el de la concordia sino el de la disensión, sobre todo a partir de *La tormenta*. A mi juicio, en esta actitud reside crecida parte del más valioso Vasconcelos, quien en cuanto a carácter coincide con el fogoso Francisco Bulnes. Disensión que es independencia de criterio en cuestiones filosóficas y religiosas; disensión que se traduce políticamente en enemistad contra el caciquismo, la venalidad y la antidemocracia; disensión que es altanería frente al poderoso y generosidad ante los humildes; disensión que es desafío contra el lugar común al pensar y al escribir; disensión, en fin, que es pugna íntima entre el placer y el deber, entre los intereses personales y las necesidades de un pueblo.

En la primera conversación formal que sostuvimos, en 1958, le hice esta pregunta: “¿Qué razones lo movieron a escribir los cuatro tomos de su autobiografía?”. La respuesta, como casi todas las suyas, fue directa, concisa, sólida: “La mala suerte engendra toda la literatura. Escribí mis libros para incitar al pueblo contra el gobierno. Me creyeron un payaso. Escribir es hacer justicia. No quería séquito literario, quería gente armada. ¿Qué escritor que en verdad lo sea no es un político? El que

ignora la política está perdido; igual ocurre al que se evade de la realidad”.

Al Vasconcelos memorialista se le ha acusado repetidas veces de retratar con mala fe a sus personajes, de que al juzgarlos lo hace con odio o resentimiento. Por todas estas razones le pregunté: “¿Aciertan quienes así lo juzgan?”. “Nunca —me dijo— he utilizado mis libros como desfogue personal. Las víctimas que aparecen en ellos son las personas que han hecho, en cualquier orden, mal al país”.

La obra de Vasconcelos, y en especial las memorias, ha interesado a mayorías y minorías porque en ella el autor ha dicho con la mayor impudicia la verdad. Más a las mayorías sin clara filiación política que a las minorías de izquierda, pues éstas vieron en Vasconcelos a un escritor que defendía ideas que tanto los intelectuales de la Revolución mexicana como los marxistas-leninistas descalificaron sin haberlas discutido.

Acerca de la verdad, le inquirí: “¿Cree usted que el decir la verdad con toda la boca y sin disminuir el tono de la voz sea la característica de su obra?”. “Sí —me contestó—. En México no hay gran literatura porque casi



José Vasconcelos a los cinco años, ca. 1887

nunca se dice la verdad. Yo, en cambio, la he dicho en voz alta y sin sonrojarme. La literatura debe ser, fundamentalmente, protesta. Su raíz es la libertad, la auténtica, no la que, como en nuestro caso, está escrita en los códigos. Aunque sea en el orden moral, debe triunfar el bien para que haya una verdadera expresión literaria, si no ésta se convierte en prostituta que acata o disimula los actos perversos de los poderosos.

“El único pueblo antiguo que produjo gran literatura fue Grecia, porque en él a veces triunfaba el bien o, ante su derrota, surgía la enérgica protesta de un Esquilo, de un Aristófanes. En Persia, por el contrario, privaba la inequidad, y nunca apareció la voz de un Esquilo que protestara. Proust escribe sobre lo que le da la gana porque vive en un ambiente de libertad, en una sociedad libre. Sólo en países en los cuales ésta es una realidad, como en Francia, se admiten los estilistas. Yo vivo en una sociedad atada de pies y manos y soy por ello un esclavo, no un escritor”.

Las ideas que maneja Vasconcelos en esta respuesta son inquietantes. De ser válidas cambiarían el rostro de la literatura mexicana, surgida en un ambiente que no ha conocido la libertad y su consecuencia inmediata, la democracia. De acuerdo con este punto de vista, Alfonso Reyes y Julio Torri, compañeros de equipo, se comportan como escritores franceses y no mexicanos, el propósito de su obra es lúdico. En la terminología del autor del *Ulises* son estilistas. Éste no es el caso de Vasconcelos, ni de Martín Luis Guzmán, quienes, a diferencia de los dos primeros, intentan influir con sus libros en el pequeño universo intelectual en que viven.

La cuestión quedaría mejor planteada en estos términos. Vasconcelos es un escritor y no un esclavo; no es un estilista sino un creador de mundos autosuficientes y fascinantes; en sus libros triunfa la libertad y se denuncian las pillerías de los poderosos; por ese camino, desgraciadamente, don José descende en numerosas páginas (de *El desastre* y *El proconsulado*, principalmente) al documento, al alegato político, a la subliteratura. Cuando acierta, como sucede a menudo, escribe literatura, gran literatura.

Vasconcelos es un escritor neorromántico que cree primero en el estímulo externo, en el estado de gracia y luego en el trabajo. “Escribo de prisa —me aseguré—, para que no se me olvide lo que estoy pensando. Mi método [de trabajo] comprende dos fases: la primera, impremeditada, es la inspiración; la segunda, el trabajo, es premeditada e incesante. Siempre he trazado minuciosamente mis libros”.

“Cuando me decidí a escribir prosa narrativa —prosiguió— quise hacer novela a lo Balzac, pero fracasé: me salió un género un tanto híbrido, la biografía novelada. (Nunca pude desprenderme de la primera persona). En mis memorias intenté describir a mi generación y al mundo miserable en que le tocó vivir. Creo que los cuatro tomos que las integran son una construcción épica. Estoy, sin darme cuenta, dentro de una de las corrientes narrativas de nuestros días”.

Si ya sabía, dichas por él, cuál era su manera de escribir y cuál su filiación dentro de la prosa narrativa del momento en que escribió sus memorias, tocaba sitio a otra pregunta decisiva: “¿En qué hecho, en qué obra,



José Vasconcelos

en qué autor localiza usted su mayor influencia?”. “Lo que mayor influjo ha ejercido sobre mí como prosista —me precisó— es una página de Nietzsche en la que cuenta cómo se hizo escritor. Dice, si mal no recuerdo: ‘Se ha de comenzar despojándose de todo convencionalismo, atreviéndose a decir con desnudez lo que se piensa’. Así comencé mis memorias en el extranjero: creyendo que nunca volvería a México y como si se hubieran muerto mis contemporáneos. Al escribir me imaginaba que los estaba juzgando desde otro mundo. Sólo así se gana la libertad”.

“¿Y después?”.

“Después hay que hacer de la prosa un equivalente de nuestro júbilo y nuestro dolor, de nuestro goce y de nuestras lágrimas. La prosa debe ser una manera de llorar en público”.

No me resisto a dejar fuera de esta charla el testimonio de Mariano Azuela —hombre insobornable como pocos— acerca de la vida y los trabajos de Vasconcelos. En el tercer tomo de sus *Obras Completas* (1960) escribe el autor de *Los de abajo*:

“Sin compartir las ideas madres de Vasconcelos, Lucas Alamán y Francisco Bulnes, son estos escritores mexicanos los que más me interesaron por la fuerza de su inteligencia superior, el vigor de sus conceptos, la nitidez de sus expresiones y su innegable valor para decir verdades que asustaban a los pacatos y mezquinos del espíritu. Torbellinos de odio han levantado los tres y sobre torbellinos de odio se mantienen íntegros”. Las obras filosóficas de Vasconcelos se le cayeron a don Mariano de las manos cuantas veces intentó leerlas, no así sus memorias y su *Breve historia de México*, a la que juzga como novela. La *Breve historia* le parece “la mejor novela que se ha escrito en México”, misma opinión que sustentará después, un tanto en broma, Xavier Villaurrutia.

Azuela siente por Vasconcelos una “vieja admiración” —escribe en 1950—, la que exterioriza cuando está de moda “maldecir al mismo que ayer se ensalzaba”. “El Vasconcelos que yo admiro —dice— no es el que arrastraba multitudes desbordantes de pasión en su jira política, sino el vencido y desterrado que al encontrarse con otro vencido y desterrado, su mortal enemigo Plutarco Elías Calles, le abre los brazos, perdonando y haciéndose perdonar”. Así explica el caso desconcertante de encontrar a Vasconcelos en trato amistoso con adversarios de la víspera: “ellos mismos —sus enemigos remotos o próximos— han sido los primeros en comprender que sólo fueron instrumento provisional de que el artista se valió para desfogar su imaginación y sus pasiones. Y si hoy departe amistosamente con los que pintó como sus más feroces enemigos, nada nos sorprendería encontrarlo en la otra vida en franca camaradería, libando vinos exquisitos y ricos platillos, en amena charla con el emperador Cuauhtémoc, con el cojo Santa Anna y

con los curas Morelos e Hidalgo, y hasta con don Benito Juárez y don Plutarco Elías Calles. Eso podría ser en el paraíso o en el infierno, pero seguramente no en el limbo. Y éste es el mejor elogio que puedo hacer de nuestro más excelso novelista”. Se pregunta Azuela: “Los que escriben en su gabinete ¿cómo podrán entender a estos hombres de lucha?”. Él, profesionalista al servicio de los humildes, escritor solitario y durante mucho tiempo incomprendido, creyó entenderlo. Más adelante, afirma: “Uno de los valores más altos es la libertad; pero los hombres auténticamente libres son raros, porque la excepción la constituyen los que merecen serlo. La libertad no es dádiva sino conquista. Y en estas latitudes Vasconcelos es el prototipo del hombre libre. Yo lo admiro cuando, a la manera de quien se toma un refresco, de una pluma borra el prestigio de alguien que gozó como gran pensador, escritor y ciudadano, sin que se le dé un bledo la tan ponderada opinión pública. Dicen que es un prevaricador y yo digo que es un hombre libre: libre hasta de sí mismo. Y porque es así, hasta aquellos de la grey en que pretende haber ingresado ahora (los católicos) lo miran con desconfianza e hipócritamente lo halagan. En verdad con él no hay que atenerse a nada. Es lo que le da la gana ser...”. Muchas de las opiniones de Vasconcelos discrepan en absoluto de las de Azuela, otras las “comparte apasionadamente”.

He aquí lo que Azuela piensa de su obra. Lo reputa como el mejor novelista de México. Escritas las memorias y la *Breve historia* después de su derrota electoral, “necesariamente tienen que salir chorreando la amargura y el dolor del gran fracaso de su vida”. “Ora como memorialista, ora como historiador, Vasconcelos impone su personalidad avasalladora, y de allí el interés excepcional de esos libros: en verdad más que libros, es un hombre vivo y palpitante, con arterias y nervios, con cerebro y corazón, el que nos está hablando”. Cuando difiere de sus construcciones ideológicas, éstas sólo le afectan “como la visión de esas viejas catedrales que se cuartejan sin derrumbarse”. Su obra sólo se parece a una persona: a él mismo. “El tratamiento que da a sus personajes (históricos) no difiere del artístico que emplea en sus memorias... Se trata de ese arte superior que consiste en dotar [a ciertos] seres de vida propia. Sin conexión con los que le sirvieron de modelo”. Encuentra en la naturalidad, la claridad y la sencillez de sus escritos la “máxima virtud de los más grandes novelistas de todos los tiempos”. Por último responde a los que atacan de impúdico al Vasconcelos de las memorias: “el hombre que tiene el valor de presentarse como es, o como él cree sinceramente ser, si lo hace con arte superior deja de ser cínico o inmoral”.

El primer adjetivo que me salta a la pluma para calificar a José Vasconcelos es el de singular. Singular porque sólo se parecía a sí mismo. Las etiquetas que se emplean

para empequeñecerlo en las historias resultan ridículas. Por ello intento una nueva terminología. Vasconcelos es vasconcelista: el único vasconcelista que siempre entendió a Vasconcelos. A los otros, y en el momento estelar de su vida formaron legión, me place llamarlos vasconcelianos. Sin desconocer lo que hicieron y padecieron por él, creo que él hizo y sufrió más por ellos. A su lado y con su ejemplo (vivo y escrito) se encontraron o se perdieron a sí mismos.

En nuestra última conversación (1959, días antes de su muerte) llegó a decírmelo: “Después de lo del 29 yo era un bandido político, un hombre que exigía venganza. Era una especie de Castro Ruz. Era todo esto, por desgracia, desde el destierro, ya que en mi país no encontré veinte hombres con los cuales remontarme a una Sierra Maestra. En esas condiciones sólo me quedaba predicar la venganza. El gobierno, que ya empezaba a convertirse en fariseo, me contestaba que ése no era mi papel. Igual actitud asumieron muchos de mis partidarios; viviendo en el peligro, antes que traicionarme optaron por el recurso de nombrarme Maestro. Lo repito una vez más: a mí no me derrotó el gobierno en 1929 sino mis partidarios: me dejaron solo”.

Vasconcelos nunca dejó de darse, de entregarse. Se entregó a la filosofía y a la literatura, a los estudios históricos y a las investigaciones sociales, a las multitudes y a los individuos, al amor y al odio, a la razón y a la sinrazón, al Dios en que creía y al demonio que lo acosaba. Se entregó a todo y a todos con la fe indivisa del creyente. Sin fe, se atrevió a decir, no endurece la columna vertebral. Lo que se emprenda sin ella, no puede aspirar a lo grande. En todo momento vivió, actuó y escribió en una única dimensión: la de la grandeza, positiva o negativa. Por ello sus aciertos y errores son del mismo tamaño: si los mido, veo que corresponden a su propia estatura.

Humildemente lo confieso: no he conocido en México un ser humano de mayor talla que José Vasconcelos. Y aspiro a que se me crea por una sola razón: no soy feligrés de su parroquia; me considero entusiasta de su mudable actitud humana. (De su postura me atrae el impulso, no el propósito que persiguieron algunos de sus actos). Por otra parte, coincidir o estar en desacuerdo con Vasconcelos no pasa de ser una ociosidad: nadie está de acuerdo o en desacuerdo con el fuego, el agua o el aire; todos recibimos fatalmente sus beneficios o calamidades. En un país de tuertos, él mira con los dos ojos; en un país de sordos, él escucha por dos puntos cardinales; en un país de hemipléjicos, él goza y sufre con sus dos mitades.

A mitad del siglo xx no tiene par en filosofía y literatura. En filosofía, fuera de él todos son profesores o vulgarizadores. (Él ha sido entre nuestros filósofos el único capaz de concebir coherentemente un sistema. No me refiero a la validez e influjo de éste sino a la capaci-

dad para crearlo). Odio las comparaciones, ya que paran casi siempre en exageraciones, y sin embargo me permito una: las memorias de Vasconcelos sólo pueden compararse con las confesiones de los más altos escritores de su tiempo.

No olvido su paso por la política. Imagino qué hubiese sido México de reconocérsele el triunfo en la campaña presidencial de 1929. Hubiéramos desembocado en una dictadura clerical o una revolución tan avanzada que hoy consideraríamos a Madero, Zapata y Villa, compañeros de banca de Hidalgo y Morelos. Con sensatez, el autor del *Ulises criollo* aclaró mis dudas: “Entré a la política por obligación patriótica... Mi vocación radical es de filósofo y no de político”. Su programa como presidente hubiese sido el de Pericles: según él, “uno de los pocos gobernantes decentes que ha tenido la humanidad”.

Después de su muerte, Vasconcelos gana arduas batallas: su obra e impulso agrupan la rebeldía de algunos jóvenes visionarios. Los que sólo ven unos cuantos metros más allá de sus ojos lo juzgan con una insensatez que los torna extemporáneos. Enterrados los intereses (justos en ocasiones) que lo combatieron, abolido el sectarismo (de izquierda y derecha) que cercó su obra, el nombre de Vasconcelos es una punta de lanza que puede ayudar en la pelea contra el colonialismo mental y el conformismo ideológico.

Su mensaje, digámosle de algún modo a los propósitos de su vida y obra, no es el de la concordia sino el de la discordia. A mi juicio allí reside crecida parte del verdadero Vasconcelos. Discordia que es independencia de criterio; discordia que se traduce a nivel de nuestras luchas políticas en oposición viril e inteligente; discordia que es altanería frente al poderoso y generosidad ante los humildes; discordia que es energía canalizada contra el lugar común en literatura y filosofía; discordia, en fin, que es pugna íntima entre el placer y el deber, entre los intereses personales y las necesidades de un pueblo.

Entre otros asuntos, Vasconcelos nos enseñó a pronunciarnos (sin temer a la equivocación) a favor o en contra de algo o de alguien con toda la boca y en voz alta. Vasconcelos siempre tomó partido, en ocasiones el peor partido posible (fue partidario y editor de Hitler), pero siempre fue fiel a sí mismo: cuando fue inconsecuente pagó las consecuencias, cuando encarnó el estado de ánimo del continente fue uno de sus portavoces y sus guías.

Vista desde el día de hoy la obra y actitud de Vasconcelos se puede encerrar en una sola palabra: disidencia. En forma dispersa se le empieza a juzgar como un hombre que supo vivir de pie, pese a sus frecuentes caídas, y que supo gritar su indignación y asco cuando meditaba acerca de México, para el que soñó una vida menos sucia y más civilizada.

A más de cincuenta años de su muerte me ocupo de otra de las grandes palabras que Vasconcelos supo usar tanto de viva voz como por escrito: constructor. Y pudo construir el mundo que rondaba sus sueños gracias a que Álvaro Obregón, presidente de 1920 a 1924, le dio su confianza para que hiciera y deshiciera a su antojo, en el terreno de la cultura y el arte, todo lo que creyera pertinente. Vasconcelos es el gran hallazgo de Obregón, y sin él Vasconcelos no hubiera llegado a ser Vasconcelos.

Obregón, recalco, dejó hacer a Vasconcelos, y éste hizo, casi a partir de la nada, lo que fuimos durante varias décadas, el “milagro mexicano”. Después, a partir de Miguel Alemán, primero con el PRI y después con el PAN, enterramos la gloriosa herencia cultural de Vasconcelos.

Vasconcelos se diferencia de sus compañeros de generación en la amplitud de sus intereses. Es uno de los escritores y pensadores más originales del país y el continente y uno de los políticos más controvertidos y audaces que sustituye mediante acciones los planteamientos económicos y sociales y enarbola los éticos y estéticos.

Vasconcelos, y con su labor el obregonismo, trajo al país vientos nuevos y modificantes. Maderista del primer momento, es decir, antidictatorial y demócrata, se propuso instruir a las generaciones recién llegadas y proponer a los productores de arte y letras cánones y objetivos totalmente distintos. A artistas y escritores les propuso, por una parte, que tuvieran en cuenta al expresarse el pasado (Grecia, Roma, la *Biblia*, la filosofía oriental) y, por la otra, la historia llena de infortunios de un país, el nuestro, que con los ojos vendados trataba de descubrir su propia esencia y sus propios valores.

Notable secretario de Educación, Vasconcelos ofrece los muros de los edificios estatales a los pintores para que realicen en ellos un arte monumental y público, un arte que narre con lenguaje sencillo la historia de nuestro pueblo. Surge, así, el muralismo mexicano. Muestra interés por la poesía que llega a lo universal a partir de la aldea, la región y el país, poesía que cuenta las vivencias y experiencias de los poetas mediante palabras, imágenes de color, calor y sabor nacionales. Poesía nacionalista, pero no pintoresquista. Estimula la música y a los músicos, quienes empiezan a componer obras de vanguardia en las que suenan aires y tonos que nos son propios. Fomenta la fundación de orfeones en ciudades y aldeas, y los alienta porque cree que el pueblo saca a relucir de este modo su verdadera personalidad. Organiza cada vez con mayor frecuencia espectáculos dedicados a los ciudadanos comunes y corrientes en los que se mezclan poesía, música, canto, danza y teatro. Mediante la diversión adecuadamente planificada tiende a una educación global de los sentidos. Admira y le entusiasman las artes y artesanías populares, hasta entonces ignoradas por las personas cultas y vistas como objetos insignificantes. Se preocupa, asimismo, por la escultura, la

arquitectura, la ebanistería, la tipografía y las artes y oficios industriales.

Como cimientos de este ambicioso y vasto plan Vasconcelos se dedica a formar maestros, edificar escuelas y poner en marcha bibliotecas. Después acometerá una campaña nacional contra el analfabetismo y editará, en altos tirajes para consumo de numerosos mexicanos, obras maestras del arte y el pensamiento universales. Se empeñará, también, en ayudar a que el país deje de ser una isla y se integre al destino común de América Latina.

En dos años y ocho meses que dura su gestión como ministro, Vasconcelos revoluciona la enseñanza, la cultura y el arte. Su labor vista desde el día de hoy sorprende por su realismo y audacia. Supo entender lo que el país necesitaba a corto y largo plazo. Deudor entre otros de Lunacharski, primer comisario de educación de la Rusia que nace en 1917, se esfuerza por desterrar el concepto elitista de la enseñanza y propone para sustituirlo un modelo más armónico, popular y apegado al México que entonces se intentaba construir, menos injusto y más próximo a la verdadera libertad. Si algunos de sus actos parecieron descabellados en los años veinte del siglo pasado, ahora parecen sensatos y quizás un tanto idealistas. **U**

